

# EL MEDITERRANEO Y LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

EDUARDO HARO TECLEN

**S** I la tercera guerra mundial empieza alguna vez será, probablemente, en la enorme zona que rodea al Mar Mediterráneo. El mundo se parece hoy a un organismo humano invadido por un cáncer generalizado: no hay un sólo punto que no presente conflictos, y no hay un solo conflicto que no provenga de los demás y que, a su vez, no influya en todos. En esto se basa principalmente la teoría de Reagan —militar, económica, política y hasta social— de que la dialéctica entre la «coexistencia» y la hostilidad es indivisible y que sólo un entendimiento global puede arreglar la situación; a diferencia de la opinión predominante en Europa —no en España, cuya política exterior es muy próxima a la de Estados Unidos— que cree que puede haber entendimientos parciales, tanto en las negociaciones con la Unión Soviética como con los países del tercer mundo —el «diálogo Norte-Sur»— y que sólo este paso a paso, esta medida por medida, puede ir mejorando el clima general. Esta diferencia de puntos de vista está montando un enfrentamiento a gran escala en el mundo occidental, donde aparece con fuerza el pacifismo para enfrentarse con lo que quizá demagógicamente se esté llamando belicismo, o sea, con la política de rearme acelerado y de corte de relaciones.

La política del pacifismo acaba de obtener un triunfo muy considerable en Grecia. Papandreu y el movimiento socialista panhelénico —el Pasok— que han ganado la mayoría de la cámara en las elecciones del 18 de octubre representan muchas cosas para el pueblo que les ha votado, pero desde el punto de vista internacional representan una muy importante: el intento de abandono de la OTAN. Es decir, el regreso a la pretensión de neutralismo que se planteaba en 1967, cuando los «coroneles» dieron su golpe de Estado utilizando los planes estratégicos y las armas de la OTAN previstas para defender al

país de una invasión soviética. Si hace catorce años se llegó a una situación tan extrema para impedir la neutralización de Grecia, país clave para la situación mediterránea, es de suponer que hoy se utilizarán medios menos visibles, pero sin duda enérgicos, en forma de toda clase de presiones y amenazas, para impedirlo de nuevo.

dos y sus intermediarios va a conservar a Egipto en su grupo militar.

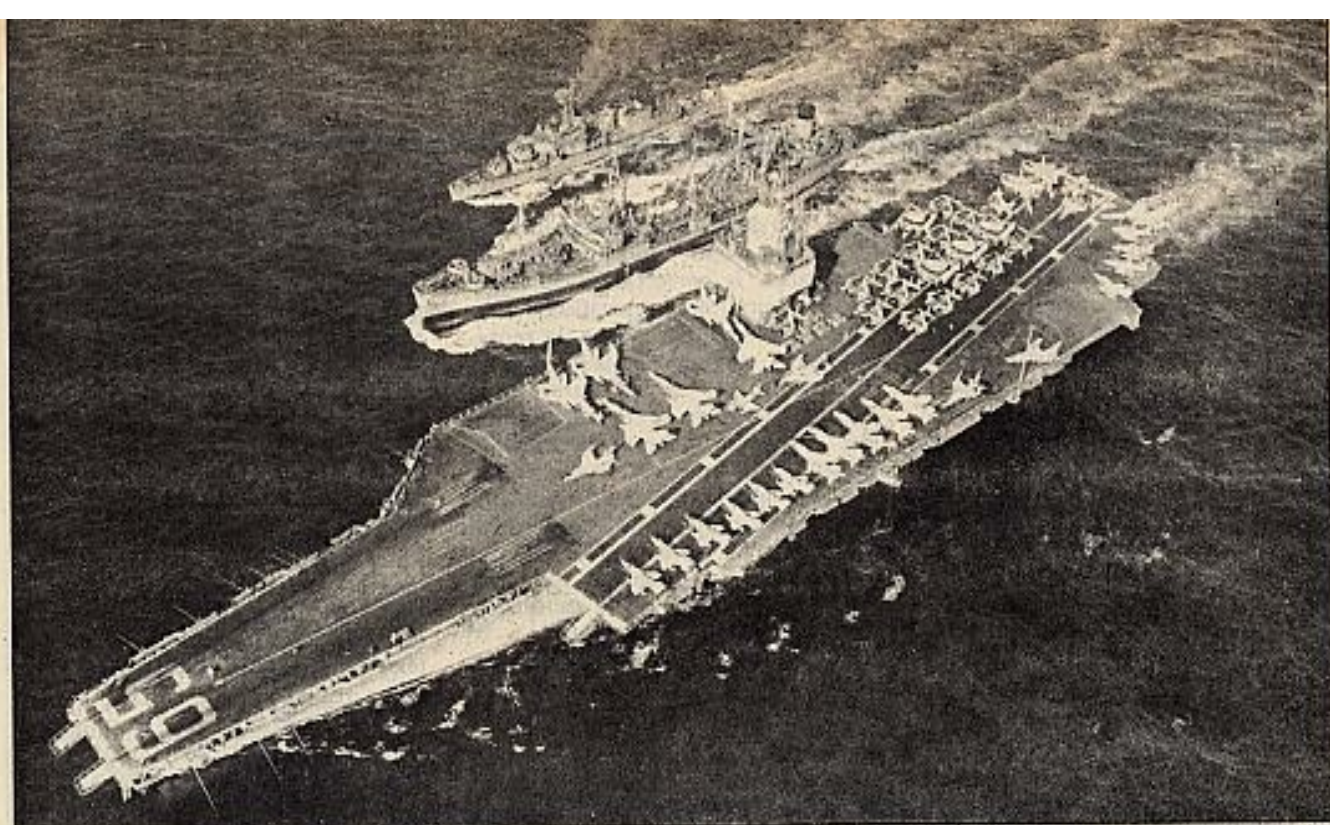
A esta zona que tiene como centro el Mediterráneo, donde un día puede empezar la tercera guerra mundial, y donde tiene su centro el cáncer generalizado del mundo —por lo menos, es la zona de donde irradia el petróleo, y el problema del petróleo está per-



*Atenas: socialistas griegos celebran la victoria de su partido, el movimiento socialista panhelénico, en las elecciones legislativas del pasado 18 de octubre.*

La zona en la que está Grecia, y que es enorme y repleta de conflictos, no es una zona de guante blanco. El asesinato de Sadat, y la represión previa del propio Sadat contra las clases políticas y religiosas de Egipto, son muestras brutales de hasta donde llega o puede llegar la violencia en la lucha por la influencia y el poder en toda la zona. El atentado tenía prácticamente el mismo objetivo que se cumple en Grecia con las elecciones —medio obturado en Egipto por la dictadura personal y las presiones mundiales—: sacar al país de la órbita de Estados Unidos y de los acuerdos con Israel, devolverlo a un contexto árabe-islámico, personalizarlo otra vez. El tiempo nos va a decir si el atentado consigue su propósito o si la inmediata respuesta de Estados Uni-

turbando el mundo entero— la llamó un día Brzezinski «el arco de la crisis». Es algo más que un arco; esta palabra nos hace pensar en una sola línea, más o menos limpia, y en realidad es una mancha que se extiende. Sus extremos corresponderían por una parte —la más próxima— a Marruecos, por otra —la más lejana, por ahora— al Afganistán. El complejo Marruecos-República Saharaui-Mauritania-Argelia-Libia tiene por fuera unas características de conflicto local, pero está estrechamente ligado al de todo Oriente, al de toda África y al conflicto directo entre la URSS y los Estados Unidos. El complejo Afganistán-Pakistán trata de reducirse también por una parte a un hecho interno con influencia externa (los asaltos al gobierno comunista afgano



Fuerzas de la armada norteamericana patrullan en el Mediterráneo, punto central de una zona donde empezará, si es que empieza, la tercera guerra mundial.

por su guerrilla interior alimentada por Pakistán) y ampliarse a la cuestión de la «expansión soviética», pero está en relación estrechísima con cuanto sucede en Irán, en Turquía y hacia el interior de Asia.

Entre estos dos puntos hay toda clase de conflictos. La situación del Irán representa por sí sola un cruce importante de los motivos y las resoluciones del conflicto general: un gran país de petróleo, un foco de irradiación islámica, una guerra civil entre teocracia y modernidad, una guerra interior del mundo islámico —con el Irak—; un caos con un sentido moral profundo, que es el de la recuperación de valores propios y de definiciones originales. Todo el retrato de los países y centros próximos ofrece los mismos rasgos de confusión: el Líbano, con su guerra civil, su enfrentamiento de religiones, la entrada en acción de países próximos, la guerra larvada con Israel, la presencia de los palestinos... Arabia Saudita, reino de la confusión entre distintas opciones, temedora de la revolución, armada por los Estados Unidos, vista con recelo por Egipto y por Israel... Jordania, el Sudán de Numeiry, Libia sobre la que recae al mismo tiempo una responsabilidad de guía y de acción de los revolucionarios y —en consecuencia— el cerco y la amenaza de los Estados Unidos... Por el norte, Turquía, cuya dictadura militar apareció con ciertos disfraces de civilización y de «estado de necesidad» y que cada vez se cierra más: en el mes de octubre ha prohibido todos los partidos políticos, incluso los que la apoya-

ron y la estimularon, y aumenta el número de prisioneros políticos: junto a ella, Grecia que acaba de optar por el cambio y no sería extraño que la contención al neutralismo griego comenzara a manifestarse por conflictos con Turquía, enfrentamientos con un carácter histórico que podrían enmascarar la situación actual. Italia, presionada de tal manera que es incapaz de resolver sus propios problemas de política interior, otanizada no sólo en las armas, sino en la obediencia al extranjero. Y España, cuyo gobierno la conduce inexorablemente a la OTAN con lo que se afianzaría su papel de punto defensivo de la salida atlántica del mediterráneo, próxima a Marruecos y a toda la zona norteafricana.

La mancha va hacia el Norte; entra en Europa, presenta un punto dramático en Polonia; se moviliza con el pacifismo de Alemania Federal; va hacia el Sur, desde Etiopía a Angola y, más hacia el Sur aún, a la República Sudafricana. Todo se va intercomunicando.

El ojo humano —la capacidad de comprensión— tiende a fragmentar los problemas, por una parte, y a ampliarlos, por la otra. Es decir, o se limita a encontrar razones locales en todo, o lo lleva todo a situaciones generales (o sea, al viejo enfrentamiento entre comunismo y capitalismo, a la renovada guerra fría entre la Unión Soviética y los Estados Unidos). Se trata de simplificar la complejidad. El problema del petróleo, por ejemplo, se suele ver como un hecho aislado —los países productores que se

defienden de la agresión económica— o como una parte de la lucha entre la URSS y los Estados Unidos. Pero en él se introducen numerosísimos factores: la gran revuelta islámica, las esperanzas del tercer mundo en general; factores históricos, que van desde lo que sucedió hace dos mil años en Palestina hasta lo que fue la colonización anglofrancesa de la zona y el neocolonialismo de los Estados Unidos que la fue sustituyendo en los años sesenta. Se mezclan irredentismos locales, cuestiones de fe, situaciones de hambre, revindicaciones de humillaciones antiguas: hasta cuestiones planteadas en las Cruzadas. Algo que tenemos que ir aprendiendo ya, para saber de verdad cual es la situación de lo contemporáneo, es que los viejos problemas sin resolver vuelven siempre y siempre: se acumulan unos a otros. En Turquía está sin resolver la caída del Imperio Otomano y toda su descomposición posterior, pasando por tiranos y repúblicas occidentalizadas; en Grecia resuena todavía la cuestión de los Balcanes y también el problema del imperio de Oriente; en Egipto o en Irán hay cuestiones que ya planteó Mahoma.

Por eso no puede extrañar que ciertos signos externos que aparezcan ahora resulten arcaicos. Jomeini plantea una cuestión de arcaísmo en pleno mundo del petróleo; pero más allá de este entrecejo amenazador, de este turbante y esa chilaba, hay un fenómeno que se extiende por todo el Islam y que abarca a personas «modernas». En Egipto, muchachos y muchachas que han estudiado en Uni-

versidades extranjeras, que hace poco tiempo se entregaban con pasión a la defensa de valores comunes con otras civilizaciones —la independencia de los padres frente a los hijos, la de la mujer con respecto al hombre; todo ello mezclado con cuestiones de libertad sexual, contraceptivos, nueva indumentaria, concepto antipatriarcal de la familia— vuelven ahora a sus indumentos tradicionales, al velo en la mujer y el turbante en el hombre, a la oración siete veces al día, a la familia poligámica, a la repulsa de los idiomas extranjeros en los que tienen que estudiar. Todo esto ha matado a Sadat. A Sadat le han matado al mismo tiempo los árabes del «frente del rechazo», los ulemas, los iraníes, los hambrientos, los revolucionarios del mundo árabe, los militares, el petróleo... Su adhesión a Israel, su último pacto con los Estados Unidos, su represión del islamismo integrista, su frontera con Libia y con el Sudán, el enfrentamiento de los Estados Unidos con la Unión Soviética, la estrategia del Mediterráneo... Y el rearme de Reagan.

El rearme de Reagan es una respuesta a todos los factores en lucha, en el mundo. Es, probablemente, una respuesta equivocada. Es la misma respuesta que se aplicó en los años de la posguerra, después de la muerte de Roosevelt, y que tuvo que ser abandonada por imposible: porque suponía derrota tras derrota. Tuvo entonces una contestación: es la misma que está renovándose ahora. Los mismos desafíos producen las mismas respuestas que originan los mismos desafíos que... Con una cierta edad o con un cierto conocimiento de la historia contemporánea se recordarán las manifestaciones europeas contra la guerra de Corea y más recientemente contra la del Vietnam; se recordarán las enormes manifestaciones de París o Londres, los disturbios alemanes, contra la bomba nuclear. Se las reprimió y se las devaluó con otras contrarrespuestas, propias de la guerra fría: las acusaciones de comunismo y de venta al oro de Moscú, la evicción de los partidos neutralistas, el dinero del

Plan Marshall abundantemente regado sobre países y sobre políticos de esos países, la persecución individual de los neutralistas o pacifistas... No podría decirse que ese tipo de represión diera resultados, puesto que finalmente fueron los partidarios de la paz negociada, de la coexistencia, los que con más o menos concesiones llegaron a los poderes. Para ello fue necesario que los Estados Unidos sintieran en su propio país lo que estaba sucediendo en los europeos, y el desencadenante fue la guerra del Vietnam. Fue la época de la «nueva izquierda», de las desertiones y la quema de las cartillas militares, de las revueltas en las Universidades; y se mezclaban una vez más factores hete-



*El asesinato de Sadat, y la represión previa del propio Sadat contra las clases políticas y religiosas, son muestras brutales de hasta dónde puede llegar la violencia en la lucha por la influencia y el poder en el Mediterráneo.*

rogéneos, como los que podía representar Martín Lutero King (religioso, racial, pacifista) en quien convergían numerosas tendencias. Es más fácil —porque es más tangible, más directo, más documental— decir que fue la opinión pública de los Estados Unidos, junto con la mundial, la que resolvió la guerra del Vietnam, que asegurar que fue la opinión pública europea, sus manifestaciones de todas clases, las que condujeron a la coexistencia y la «detente» en Europa; y sin embargo, puede creerse que fue así. Es demasiado aventurado asegurar que la tercera guerra mundial no se produjo en aquellos momentos porque Europa no quiso entrar en guerra, porque se desarmó moralmente antes de hacerlo militarmente.

Y sin embargo, muchos pensadores

lo creen así. No ya los pacifistas, los populistas, sino sus adversarios. La tensión que ha llevado al poder a Reagan es la que cree que los Estados Unidos y el mundo occidental deberían haber aprovechado algunas de las ocasiones de la posguerra, y especialmente el momento en que sólo ellos tenían la bomba atómica, para haber lanzado la ofensiva militar directa contra la Unión Soviética: creen que se hubiera ganado, y atribuyen una filosofía a todo ello: coronada la guerra contra el nazismo se habría destruido también al comunismo, y de esta forma el triunfo de la democracia liberal hubiera sido absoluto; los principios inspiradores de la Carta de San Francisco habrían sido el catecismo universal. Los Estados Unidos tenían la fuerza militar y se dejaron tentar por el demonio pacifista para tratar de usar otro tipo de fuerzas —negociaciones, conversaciones— en las que no dominaban. Ese pensamiento es enormemente peligroso. No sólo descalifica por débiles a los sucesivos presidentes americanos, sino que deja caer sobre ellos una sombra de traición o de entreguismo; a ellos y a quienes les rodeaban. Los Estados Unidos han ido perdiendo fuerza en el mundo; el equilibrio de las armas ya no les es favorable —aunque se exagera, a fines de propaganda, una supuesta superioridad militar soviética—, los desafíos del tercer mundo son cada vez mayores —a partir del Vietnam, y antes, de Cuba— y se les puede ir todo de las manos. El país habría estado minado por traidores, por vendidos, por perversos. Fue la filosofía de McCarthy en la guerra fría, y no hay que olvidar que Reagan fue colaborador de McCarthy. Modesto, eso sí. Se limitó a denunciar a sus compañeros de Hollywood cuando era actor. Lo importante es que creyó en todo aquello; y que ha llegado a presidente porque creyó en todo aquello, porque un grupo de poder de los Estados Unidos lo creía también y, finalmente, porque los electores lo han creído, después de lo que consideran humillaciones continuas.

Crean, sobre todo, que no es demasiado tarde. Es decir, creen que hay que mostrar a la Unión Soviética que no hay debilidad ninguna, ni hay temor a que se plantee una guerra si se cree que esa guerra es justa y necesaria. El mensaje con que Reagan anunciaba el nuevo programa de defensa estaba repleto de alusiones de este tipo: señalar a los «enemigos» que no deben cometer el error de subestimar a Estados Unidos, y que ese error ha costado ya a otros enemigos la derrota después de la amargura de



*Afganistán es el límite oriental de la zona conflictiva y el hilo transmisor de la crisis hacia el interior de Asia. En la foto: guerrilleros afganos.*

la guerra; señalar que hay abierta una ventana de vulnerabilidad en los Estados Unidos, y que es necesario cerrarla.

De los Estados Unidos de la época del pacifismo —cuyos efluvios llegaron incluso a derrocar a Nixon, a despeñarle desde la Casa Blanca hacia el vacío de la vergüenza y la humillación— queda muy poco. Escritores, periodistas y viejas glorias. Rastros de sangre de los asesinados: Kennedy, Lutero King... Nostalgias. Ha disminuido la lucha por los derechos civiles, la defensa de las clases sociales desfavorecidas, de un modelo de sociedad abierta y libre que se cantaba incluso. El péndulo está del otro lado. El pacifismo vuelve a Europa, donde empezó. Sobre todo, más manifestaciones en Alemania Oeste, país fronterizo con cualquier guerra posible y, por lo tanto, sensibilizado a la menor amenaza; pero se celebran en toda Europa y el movimiento tiene carácter de presión electoral sobre los partidos, que lo tienen muy en cuenta. Se extienden por la Europa viva, llegan hasta Suiza. Es decir, empieza una réplica. No hay que excluir que llegue a los Estados Unidos, cuando llegue. El péndulo de los Estados Unidos marcha siempre en sentido contrario al de las decepciones políticas: cuando la política belicista de la Casa Blanca fue una decepción, marchó hacia el pacifismo; cuando decepcionó el talante negociador de otros presidentes fue seguido de otras decepciones, se ha ido hacia la violencia y la fuerza. Habrá que esperar las nuevas decepciones.

Con la diferencia de que, en este caso, las nuevas decepciones arrastran un peligro: el de la ampliación de la violencia hasta más allá de los límites admisibles; fuera del «point of no

return». Hasta ahora la política de Reagan va dando algunos resultados prácticos: no tantos como los que él anuncia y proclama, pero sí una sensación de poder. El problema estará —para él— cuando esa línea se quiebre. Podría encontrarse con un Vietnam en América Central y otras Américas; podría encontrarse con algo más que un Vietnam en el Oriente árabe. Una gran revuelta islámica es siempre posible. Veríamos si se producía en los Estados Unidos un nuevo movimiento de lo que se llama «toma de conciencia»: es decir, una nueva presión militar sobre la juventud, una nueva presión de impuestos sobre los contribuyentes; una sensación de quicio de la guerra mundial de la que esta vez se sabe que llegaría al propio territorio americano; una decepción por la política general a la que damos el nombre de Reaga. Nombre que tal vez quisiera evitar eso profundizando más y más, por una línea que ahora considera inflexible, hasta llegar a donde sea.

Sus computadores y sus fanáticos —que suelen coincidir cuando son estos los que programan a aquellos— le dicen que este es el momento decisivo, después de haberse perdido las situaciones históricas anteriores. Es el momento más bajo de la Unión Soviética, rota hasta en su propio mundo interno —los disidentes, el desánimo, la decepción de un régimen que no progresa— y sobre todo, en el de su campo: con la amenaza china y la cadena de secesiones que se esta produciendo a partir de Polonia, con el abandono total de los partidos comunistas occidentales y, desde luego, de unos intelectuales que fueron sus admiradores. Hay una filosofía europea que le dice a Reagan que no se deje llevar de esta impresión, a pesar de

ser una realidad, y que existen también los arrastres históricos: Rusia, o la URSS, recupera su unanimidad y su fuerza ante las amenazas exteriores, sean las de Napoleón o las de Hitler, las de la guerra civil y la intervención extranjera —los cuerpos expedicionarios europeos— o las de la «guerra fría»; y que si su tensión ideológica y política está

en decadencia, la fuerza militar en cambio parece intacta y suficiente. Es nada menos que este dilema el que se plantea.

Lo que pretende Reagan, por el momento, es utilizar la amenaza a la URSS y su cerco como una manera de recuperar su influencia en el tercer mundo; en el mundo del petróleo y de las materias primas, de las que cada vez se va haciendo más dependiente. Cree que ese orden volverá a ser el antiguo si los revueltos, los desafiantes, entienden que los Estados Unidos están dispuestos a llegar incluso a la tercera guerra mundial por no perder lo que necesitan. El error de cálculo está en creer que los grandes intereses que hay en movimiento, y que son intereses populares —como el Islam representa algunos, o como el estado de hambre de Latinoamérica representa otros— son dependientes de la URSS y cesarán cuando la URSS deje de ayudarles, sostenerles, estimularles o fomentarlos. Es algo que está en marcha por sí mismo.

En estos momentos es la zona del Mediterráneo, vasta y arrasada por la miseria y alimentada por la esperanza, la que puede servir de prueba, y la que puede desencadenar el gran conflicto. Es un cruce de revulsivo, y uno de los pocos centros donde la esperanza tiene caracteres religiosos, que son por lo tanto los de mayor peligro (Polonia e Irlanda nos muestran cual es el factor de la religión cuando sirve de motor a otras reivindicaciones; el Islam, en ese aspecto, es aún más poderoso que la religión católica). Es una zona que los Estados Unidos, dentro del esquema mental que representa Reagan, no pueden dejar de perder; es, por lo tanto, la mayor tentación posible para una intervención directa. ■ E.H.T.